

# Poesía de reverencia, filosofía de crisis en Ramón Xirau

Enrique G. Gallegos

## POESÍA Y PENSAMIENTO

Ramón Xirau representa una de las vertientes poéticas que más me atraen: la poesía que es *también* pensamiento. Se objetará que toda poesía lo es. Si por pensamiento entendemos un contenido cualquiera de nociones y representaciones la objeción sería correcta. No es en este sentido que hablo. Aunque toda poesía refiere en general percepciones, vivencias e impresiones, no toda es expresión de pensamiento. Se trata de la visión del mundo, de las ideas sobre los últimos y fundamentales problemas del destino del hombre y de la humanidad. Esto es lo que encuentro en Ramón Xirau.

Se puede afirmar que desde la perspectiva del “pensamiento” existen tres tipos de poetas: aquellos cuya poesía es expresión de una visión del mundo; los que además de expresar “pensamiento” suelen poner en textos argumentativos su visión del mundo; y los que, demorándose en lo cotidiano y anecdótico, carecen –al menos en su poesía– de “pensamiento” en el sentido apuntado. Ramón Xirau es del segundo tipo. Esto significa que en él encontramos, por un lado, poemas que contienen una visión del mundo y, por el otro, ensayos donde argumenta, justifica y desarrolla su pensamiento. Xirau es pensador por partida doble: *desde* la poesía y *desde* la filosofía. Si es así, en algún punto ambos caminos se han de reunir. Vayamos primero a los poemas, después a los ensayos.

## POESÍA DE REVERENCIA

Lo primero que advertimos en los poemas de Ramón Xirau es su brevedad. Versos cortos, de tres o cuatro líneas, trazos

sencillos y directos, ¿sobre qué? La mayoría de su poesía tiene como contenido la naturaleza, como expresión directa o imagen de *algo* más. Naturaleza presente, viva, que expresa en su evidencia y misterio. Frente a la naturaleza el poeta se arroba, compenetra e intenta transmutarse en ella. Hoja que cae, árbol frondoso, luz cegadora: “Todo nos verdea: hojas, pájaros, horas / quietud”. El poeta parece comprender: la hoja que es verde, y que al ser verde entendemos su potencia, su maduración, la poderosa fuerza vital que la sustenta. Pero también la naturaleza está presente como imagen de otras experiencias: la vida, la muerte, la patria, el amigo: “Descomienza la luz / la vida descomienza” dice en el poemario *Lugares del tiempo*.

La naturaleza es el motor, el impulso, ¿también la justificación de su poesía? Sobre todo arrobo, seducción, emoción, entrega, ¿enamoramiento de la naturaleza? Por la intensidad no puede uno dejar de pensar en san Juan de la Cruz. Pero si de emparentamientos se trata, más cercano está Xirau con Juan Ramón Jiménez. Famosos son los versos en los que exige: “¡inteligencia, dame / el nombre exacto de las cosas!” Pero Xirau no le exige a la “inteligencia” que labore por el nombre de las cosas.

Para Juan Ramón el problema de la poesía parece estar del lado de las facultades del hombre. Las cosas, la realidad, están ahí afuera: con su dureza y su consistencia: toca a la “inteligencia” aprenderlas y buscar el exacto nombre que les corresponde. En cambio, lo “difícil” para el otro Ramón está en la presencia de la naturaleza. En *Lugares del tiempo* y en *Naturaleza vivas* poetiza: “Difícil muy difícil / esto / de caminar la tarde”, “Difícil decirte / mundo breve liso” y enseña que lo verdaderamente difícil es el misterio. Ya

no se trata sólo de la búsqueda del exacto nombre de las cosas, sino del misterio de “caminar” en las manifestaciones de la naturaleza: la tarde con su transparencia, el mar con su sentimiento de tranquilidad, la luz con su sentido de plenitud. Se hace evidente que la actitud de Xirau frente a la naturaleza es cercana a la “reverencia”.

Ramón Xirau ha dedicado varios ensayos a los estudios relacionados con la religión, sobre todo a lo sagrado y más específicamente sobre lo sagrado en la poesía. Reverenciar la naturaleza significa reconocer su misterio, rumores y silencio tremebundo, su fuerza creadora y destructora, su paz benéfica, su sentido inefable. Pero ¿entonces Xirau es un “adorador” de la naturaleza? No me parece que sea así. Adorar la naturaleza es endiosarla, erigirla en deidad. Tampoco creo que su poesía sea religiosa en el sentido de que tenga por objeto divulgar una doctrina o deidad particular. Es religiosa en otra dirección. Según el poeta la religión es “estar ligado a los otros y ligado a ciertos símbolos de orden claramente sagrado”.<sup>1</sup> Se religa con la naturaleza y, por ello mismo, nos religa también a nosotros. Poesía, naturaleza y humanidad parecen ser las tres puntas del triángulo alrededor del cual gira la poesía de Xirau.

La luz es uno de los elementos que predomina en los poemas de Xirau. También el aire, los árboles; sobre todo el mar y la luz. Luz que posibilita el colorido visual: el verde del árbol, el azul del mar. De esta forma el poeta es sobre todo visual y, en un sentido particular, expresionista. Recordemos que en algunos de los poetas expresionistas alemanes de principios del siglo xx la naturaleza era fuente de inspiración y expresión del colorido visual. Pensemos en Georg Trakl: intimista, cromático y trágico. En Trakl la naturaleza es expresión de tragedia, el azul de abismo, la luz de locura: nada más alejado de la poesía de Xirau. Para éste la naturaleza es fuente de fortaleza y enigma creador; el azul del mar de serenidad y fuerza; y la luz cercana manifestación a lo inefable que sobrecoge. Pero también es festiva en el sentido de éxtasis y entrega. Por momentos los poemas de *Lugares del tiempo* alcanzan fuerza lírica, expresiva y emotiva: “Miren el campo / miren el viento / las olas enmascaradas / los verdes mares. / Mira renacer el viento / el campo de fuego / oleadas [...] los cantos [...] rumores”.

Naturaleza, pero bien meditados sus poemas también mundo y humanidad. Naturaleza, mundo y humanidad: éste es el verdadero contenido de la poesía de Xirau. Pero ¿cuál es el centro que los sostiene? La urgencia del presente, el sentimiento de fractura, de necesidad apremiante. So-

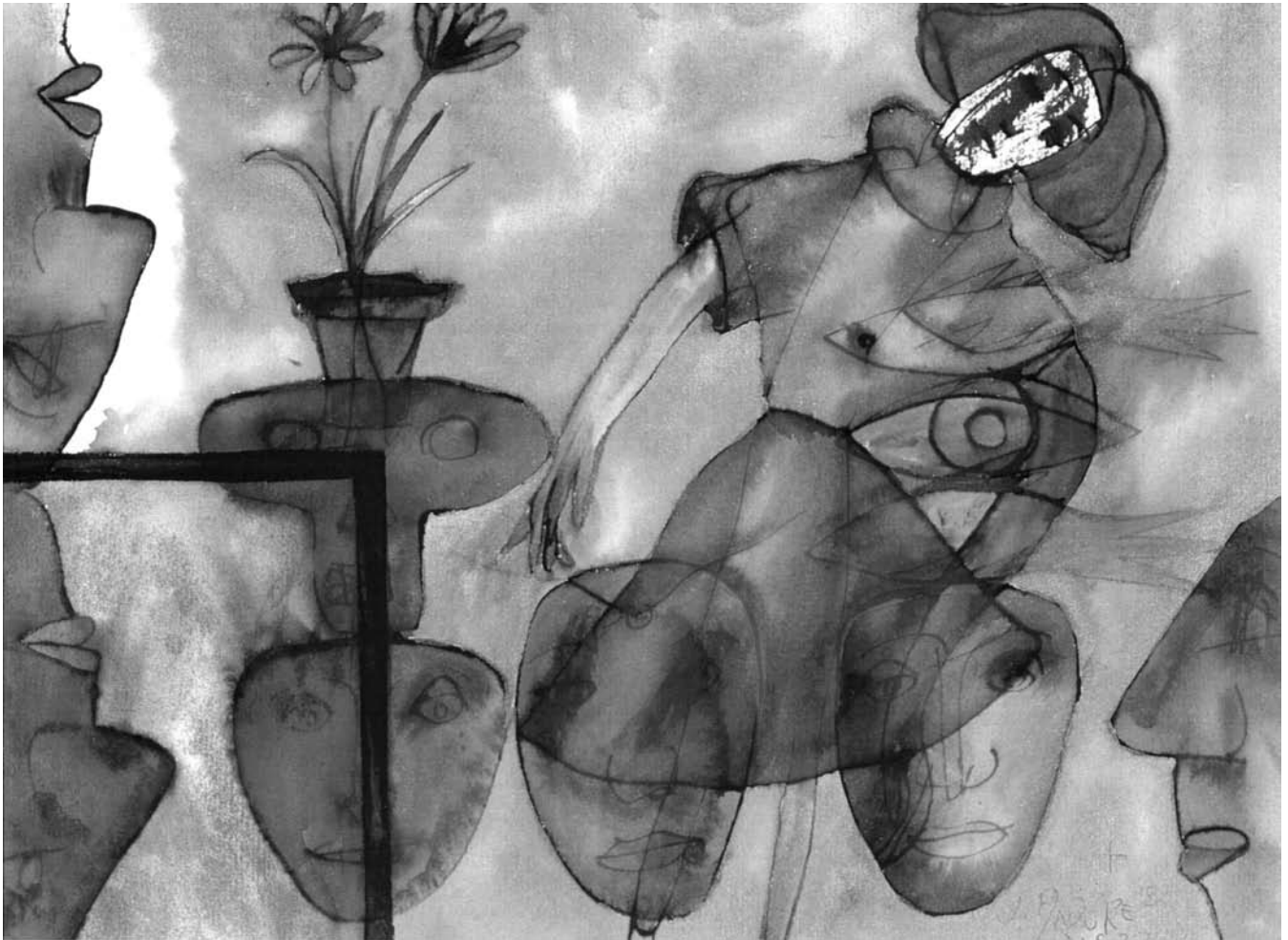
bre todo su reverso: certidumbre de una fuerza suprema. Presente y presencia, permanencia y fractura, desorden y orden, naturaleza y destrucción. Si la naturaleza, el mundo y la humanidad son la evidencia de sus poemas, las alusiones a Dios son a modo de ausencia. La más importante alusión a Dios está en el misterio, el arrobamiento, la emoción, la dicha, el sentimiento de plenitud y de entrega que produce la naturaleza. Ausencia no como categoría negativa y a modo de quien siente que Dios lo ha abandonado o se ha ausentado, sino ausencia como presencia invisible y misteriosa. Si Xirau no es panteísta, deísta o místico, cabe suponer que la reverencia de sus poemas a la naturaleza procede del sentimiento de que ésta es, en algún sentido, expresión de la divinidad. Porque la divinidad es la fuente primera del enigma, de lo indescifrado, del sobrepoder, de aquello que excede y sobrecoge.

#### CRISIS DE LO SAGRADO

Los ensayos de Xirau manifiestan dos preocupaciones: la presencia de lo religioso y el análisis de la crisis del mundo moderno. Religión y época, lo sagrado y el quebranto, Dios verdadero y dioses falsos, el espíritu religioso y las idolatrías, son las nítidas expresiones de sus preocupaciones intelectuales. En la perspectiva de Xirau la crisis moderna es de fe.<sup>2</sup> Crisis y fe son la cara oscura y la cara luminosa, el brillo y lo opaco: uno y lo mismo disminuido, corroído, caído en descrédito.

Para Xirau Hegel es el “padre y origen de las idolatrías que padeció el siglo xix y sigue padeciendo el siglo xx”.<sup>3</sup> ¿Cuáles son estas idolatrías? El progreso y la razón que a partir del siglo de las Luces se han impuesto como directrices; la historia y el proletariado de los regímenes comunistas y sus ideólogos en el siglo xx; el poema total de Mallarmé y sus innumerables acólitos. La lista podría ser larga. Pero ¿en otras épocas no ha habido realidades parciales a las que los hombres se han adherido?, ¿en el Renacimiento no se admiraba profundamente a los clásicos griegos?, ¿no se cuenta que Petrarca murió encorvado sobre un libro antiguo, quizá *La Odisea*?

La admiración, el respeto, el paradigma y las autoridades modelares siempre parecen haber existido; de lo que se trata, si entiendo bien, es de la *desmesura* con que se admira. Quien admira mira con sorpresa y extrañamiento, y por ello toma distancia del objeto admirado. Más exacto se trata de idolatría. El idólatra adora su objeto, no con el gesto de la admiración que se extraña sino con la firmeza



del fanatismo; por ello el idólatra hace de su objeto un sucedáneo de Dios, encarnación de todos los atributos de perfección, totalidad, verdad y santidad.

Para Xirau esta es una conducta más o menos generalizada —aunque con distintos matices— en los ámbitos político, filosófico, social, religioso y profesional en que se desenvuelve el hombre, y que tiene su origen en la “falacia de tomar la parte por el todo” y “lo finito por lo infinito”, deificando “lo relativo y contingente”.<sup>4</sup> A esto lo llama proceso de “nivelación”, en el que cualquier cosa, por parcial, finita, arbitraria y subjetiva que sea, puede erigirse en verdad absoluta, en referente y centro regulador. Pero el arte, la razón, la ciencia, la poesía y el Estado son expresiones parciales, finitas y relativas y, por ello, no pueden ser objeto de deificación. Siempre están en relación o subordinadas a otros fines: el arte es expresión de la vida; el Estado está a disposición de los ciudadanos; la razón es parte de las facultades del ser humano. Además, sabemos que las realidades a las que hacen referencia han cambiado en el transcurso de la historia.

Los orígenes del Estado moderno son relativamente recientes. Es probable que sus primeras manifestaciones hayan aparecido en el siglo XIII, aun cuando no sea sino

con Maquiavelo, Bodin y Hobbes que adquiere un discurso consistente y autónomo. ¿Y qué decir de la poesía? El Homero que leemos hoy no es el mismo que el de sus contemporáneos. Havelock ha demostrado en su *Prefacio a Platón* que *La Ilíada* era leída por los griegos antiguos no como una “obra de arte”, sino como una especie de “enciclopedia de instrucciones morales”. Mismo libro, distintas interpretaciones. Parcialidad, finitud, contingencia: arte, poesía, Estado y razón.

Según Xirau el principal problema de nuestra época (del siglo XIX a la fecha) es la pérdida de la fe. Y lo dice de distintas maneras. “El hombre dios de sí mismo”, “pérdida de la armonía”, “racionalizar lo santo”.<sup>5</sup> Lo primero conduce a la “soberbia”, lo segundo al reino de lo periférico y desordenado, lo tercero al quebranto del misterio. Si Xirau no es pesimista tampoco parece un optimista gerente de empresas, mucho menos un entusiasta integrante del Sistema Nacional de Investigadores contabilizando el futuro prometedor. Quizá sus textos denotan tristeza, melancolía, añoranza y, también, fuerza de voluntad. Si no es optimista al menos parece tener algún tipo de esperanza. Al final de *Dos poetas y lo sagrado* dice: “Nuestro tiempo puede no ser el de los dioses, aunque hay vivísimos afanes de Dios. ¿Será

nuestra crisis una crisis de renacimiento y resurgimiento? No es todavía posible contestar a esta pregunta...”

Aunque preguntar conlleva vislumbrar algún tipo de señales. Si la crisis implica quebranto de las creencias y la fe, también puede significar que los hombres andan en busca de algo. En esa búsqueda crean “ídolos”, subvierten el *cosmos*, instauran lo “finito como infinito”. Esto demuestra “vivísimos afanes de Dios”. Se busca a Dios y éste parece haber enmudecido; en cambio, quien responde es la ciencia y sus milagros, el progreso y sus promesas del paraíso, la poesía y su ofrecimiento de inmortalidad, el arte y sus pretensiones de pureza, la democracia y sus espadas de libertad.

¿Cuál sería una posible respuesta, que indique si no soluciones al menos horizontes frente a esta idolatría? Un párrafo muy claro es el siguiente de *Entre ídolos y dioses*: “Para que renazca la esperanza los hombres, las personas, habrán de darse cuenta que no son Dios –porque esto es idolatría– ni son dioses sus obras –porque también esto es idolatría–. Habrán de darse cuenta de sus poderes y límites. No es otro el sentido de la palabra armonía”.<sup>6</sup> Se trata de reconocer que el hombre es finito y desamparado, y como tal requiere de asistencia divina. Derivado de lo anterior, reconocer que las obras humanas –ciencia, arte, poesía, Estado– son manifestaciones contingentes y relativas. La poesía, el arte y la ciencia carecen de un fin en sí mismos; más bien se cumplen plenamente en otros fines o realidades. Derivado de la finitud, el hombre es un ser con limitaciones.

Una antropología aproximada de Xirau sería que el hombre es “por lo menos en principio *logos, eros* [y] *mythos*”. *Logos* como razón; *eros* como amor a sí mismo y a los otros, también como emoción; *mythos* como imagen y poesía, sobre todo como aspiración hacia lo sagrado. Para Xirau existe la necesidad de armonizar estos tres “poderes” del hombre. Plantea una especie de “vuelta” a la armonía clásica. Pero ¿existía esa unidad en Platón y demás filósofos de la Antigüedad? Al menos en Platón me resulta un tanto incierto. ¿No disputó agriamente con la poesía?, ¿no expulsó a ciertos poetas de su república?

No olvido sus titubeos y las ambigüedades que dejan sus *Diálogos*; pero tal vez por esto me parece que la escisión ya comenzaba a manifestarse. En sus *Lecciones sobre historia de la filosofía* Hegel dejaba entrever que con Sócrates el espíritu de los tiempos modernos comenzaba a barruntarse; al depositar el oráculo público en el interior del hombre, la primera fractura ya se vislumbraba. Para Xirau la palabra

clave para la salida de la crisis es armonía. Armonía de las facultades del hombre y entre los hombres; pero también con la naturaleza y, sobre todo, con Dios. En este sentido la armonía de Xirau es esencialmente religión: religación del hombre consigo mismo y con los otros.

Armonía: una palabra que a muchos de los pensadores de la posmodernidad les hará ruido. Y es cierto, suena rara, extraña, fuera de lugar. Porque la armonía implica reconocer la existencia de un centro regulador; cuando se han perdido la medida, la contención y los equilibrios hablar de armonía parece extraño. Y esto es lo que parece haber sucedido. Por ello la crítica de Xirau a los excesos del mundo actual me parece válida. Este mundo pareciera estar fracturado, poblado por desmesuras, pequeños ídolos llenos de poder, sed de gloria y sangre. Un mundo donde la fuerza, la argucia y el engaño son moneda corriente. Las imágenes del televisor muestran con creces esta desmesura. Bajo los argumentos de libertad y democracia se masacran ciudades, humillan creencias.

¿Muerte de Dios? Para Xirau “el que ha muerto es el hombre al asesinar a Dios”. No sé hasta dónde sea posible volver a encontrar un centro que regule el pensamiento y las creencias de los hombres. Y no sé si la búsqueda de ese centro genere lo que ha criticado Xirau: nuevos ídolos. Tal vez la fractura del hombre moderno no sólo sea en el plano de las creencias. A lo mejor estamos ante una fractura en otro orden –no encuentro otra palabra para decirlo–: ontológico. Escindido en la médula de su ser, el hombre camina –sin moverse– en distintas direcciones.

El “Je est un autre” de Rimbaud es quizás una de las frases más sugestivas de la poesía moderna. Al querer ser *otro* no es *sí mismo*; *sí mismo* y *otro*: ninguno. Se ha visto que el hombre moderno es el ninguno; agregaría que el contemporáneo es el ninguno ensoberbecido, engreído ya no sólo por su ciencia sino por la sinrazón, la locura y el desplante. Al hombre de la Ilustración la soberbia le venía de su infinita creencia en la *razón*; a nuestro contemporáneo de su capacidad para la *credulidad*. Somos y no somos; necesitamos a Dios y creamos ídolos; queremos paz y hacemos la guerra para conseguirla.

#### VUELTA A LA POESÍA: VUELTA A LO SAGRADO

Hemos utilizado la expresión reverencia, palabra semánticamente menos cargada que sagralidad. No parece que el poeta considere sagrada a la naturaleza *per se*. En realidad se trata de una sagralidad derivada, otorgada por una fuer-



za superior. Por ello el poeta le rinde reverencia: respeto, admiración, seducción: reconocimiento del misterio que simboliza.

Si la poesía es constatación de este misterio los ensayos del poeta expresan dos actitudes. Frente a algunos pensadores (Hegel, Nietzsche, Heidegger, etc.) muestra su talante crítico. Sobre todo ante los dos primeros, dado que los considera representantes del nihilismo. La crisis de la modernidad es del pensamiento y del arte, pero sobre todo es de fe. En lugar de la fe pensadores, artistas, políticos y hombres ordinarios han implantado creencias en ídolos. En sus ensayos sobre algunos poetas (Octavio Paz, Borges, Lezama Lima, Vallejo y Juan Ramón Jiménez) muestra más que un talante crítico un afán de comprensión. Comprender a los poetas, analizar los poemas, desentrañar su significado; sobre todo buscar la visión del mundo y el sentido de lo sagrado que los domina. Dos caminos diferentes que llevan al mismo punto: reconocimiento de la crisis del presente, constatación de la pérdida de la fe y búsqueda de lo sagrado. Ante el escritor que afirma que todo vale, que lo finito es igualmente válido que lo infinito, lo contingente que lo permanente, opone sus argumentos: el discurso de que existe un centro desde donde es posible regular la vida, la sociedad y la humanidad. Este centro implica reconocer los tres “poderes” del hombre: *logos*, *eros* y *mythos*. Pero también reconocer las limitaciones: finitud, dependencia, contingencia; pero sobre todo armonía: consigo mismo, sus semejantes y Dios.

La poesía de Xirau está bañada por esta agua fresca de la armonía. Y lo está en varios sentidos. Como forma: poemas breves como la vida, llenos de instantes plenos. Hacer poemas extensos quizá le parecería al poeta hacer idolatría, pretender buscar el gran poema, el poema único y absoluto que exprese el mundo y la historia. Los pequeños poemas

de Xirau se pueden leer como un reconocimiento a la condición finita, fragmentaria y condicionada del hombre. Armonía porque si bien hay reverencia a la luz, al mar y al viento, no se idolatra a la naturaleza sino se le admira en tanto expresión del misterio. Armonía porque son poemas que buscan la claridad: claridad de las imágenes que, al mismo tiempo, son claridad en la relación con Dios. ¿La oscuridad no ha sido durante siglos considerada símbolo del mal?

La forma de los poemas de Xirau tiene su perfecto reverso en la forma de sus ensayos. La mayoría de éstos son nítidas expresiones de la brevedad y la claridad. En este sentido, la claridad es orden en la exposición. Orden en sus ensayos y en sus poemas, en los poderes del hombre y en su relación con lo divino. Unidad de la forma en que están escritos tanto poemas como ensayos; pero también de los contenidos. No es extraño que en uno de los ensayos que integran *Dos poetas y lo sagrado* resalten cinco rasgos que entrañan el proceso de depuración de los poemas de Juan Ramón Jiménez.<sup>7</sup> En sus palabras: mayor exactitud y rigor, poesía desnuda y sugerentemente escueta, economía en el uso del lenguaje, supresión de lo anecdótico, sintaxis compleja y exacta. ¿No es acaso ésta una confesión de la poética de Xirau?

No deja de ser paradójico que Ramón Xirau estudie en sus ensayos a algunos de los poetas más herméticos de la literatura del siglo xx. Lezama Lima, César Vallejo y Juan Ramón Jiménez son poetas que, cada uno a su manera, han poetizado desde la extrañeza del lenguaje, el sentimiento y las ideas. Paradójico por cuanto la poesía de Xirau pareciera situarse en las antípodas: clara, sencilla, directa y transparente. Un prejuicio reciente ha querido asimilar la sencillez y claridad con la superficialidad. No nos dejemos engañar: la claridad y el hermetismo son parientes cercanos, sombra y luz de una misma moneda. En realidad toda gran poesía oculta e insinúa, muestra y encierra su sentido y orientación. Si oculta, es transparente; si muestra, es hermética: sólo la poesía que es transparente puede ser hermética. Para ser, la poesía debe *resistir*. En los poemas de Xirau se destaca la sintonía de la forma con el discurso de los ensayos: “La mejor poesía es, para mí, la que es capaz de nombrar directamente...”<sup>8</sup> Por eso, la luz es *luz* y el mar es *mar*; pero al nombrarlo el poeta es *algo* más: un temblor, una insinuación, la voluntad de lo inefable. Por ello para Xirau la *imagen* es la forma más alta de poesía.

Claridad, brevedad, insinuación, palabras exactas y directas: son expresiones que bien reflejan la búsqueda de

la armonía en la poesía de Ramón Xirau. Si el hombre es un ser integrado por los tres poderes, *logos, eros y mythos*, la poesía no puede ser la única que expresa la dimensión total de la persona; por ello, la lectura de la realidad del poeta implica la integración de la filosofía. Según Xirau “la poesía y la filosofía pueden coincidir cuando remiten a los problemas vitales que todo gran poeta y todo gran filósofo intenta descifrar”. ¿Cuáles son esos problemas? El principal es la relación del hombre con lo sagrado. Por ello el poeta-pensador llega a la conclusión de que poesía y filosofía son “dos formas de una expresión más alta: la expresión religiosa”.<sup>9</sup>

¿Es suficiente la poesía y la filosofía para garantizar el regreso de los dioses? Todo parece indicar que no. Porque el hombre también es amor, emoción y sentido de copertenencia. Con esto último se complementa la visión del mundo de Xirau. Filosofía, poesía y amor garantizan la armonía del hombre y su estar en este mundo. La palabra clave de esta visión, de este estar, es *presencia*: “Y el hombre es estancia, presencia, morada. Lo cual nos conduce a un nivel superior de vida; el de la permanencia”.<sup>10</sup>

Presencia significa la existencia del hombre en plenitud, en relación: religación con los otros, el mundo, la naturaleza y lo sagrado. Vivir a plenitud es estar en cuerpo y alma volcado al amor –por el otro y por sí mismo, la naturaleza y lo divino. La unidad de la poesía y el pensamiento filosófico de Xirau es más que manifiesta. Unidad ganada por el amor cristiano, por el sentido del misterio, de la vocación de lo sagrado. No es un hecho gratuito que Xirau considere que la *imagen* es la forma más alta de la poesía. Para un creyente la imagen –la verdadera– es signo de la eternidad. Por eso al poetizar lo que hace el poeta es hablar *de* los dioses.

Por momentos el platonismo de Xirau es manifiesto: “todos estos poemas no son de factura humana ni hechos por los hombres, sino divinos y creados por los dioses, y que los poetas no son otra cosa que intérpretes de los dioses”, afirma Platón en *Ion* (dejemos de lado el debatido tono irónico del diálogo). Debajo de esta visión unitaria que Xirau deja entrever en su poesía y en sus ensayos, noto un temblor, un sentido trágico. Su poesía es festiva, pero no alegre; transparente, pero entre líneas hay borrascas. ¿Pesimismo? No creo. Se trata más bien de tragedia. Profundas y conmovedoras son las siguientes líneas: “La poesía es, como la vida, caída; la poesía es también, como la vida,

ascenso”.<sup>11</sup> En esto está el tono trágico de algunos de sus poemas. Si hay dolor, tristeza, muerte, desamparo, ruina y desolación es porque al final se espera el ascenso, la alegría, la plenitud.

Intuitivo y emotivo, creyente y racional, armónico, ordenado y capaz de abandonarse a la inspiración. Transparente y hermético, sugestivo y directo, breve e intenso, crítico y comprensivo, apasionado y calculador: Ramón Xirau es, por extraño que parezca, el más romántico de nuestros poetas vivos. •

#### Notas

<sup>1</sup> Ramón Xirau, *Poesía y conocimiento. Dos poetas y lo sagrado*, México, El Colegio Nacional, 1993, p. 239.

<sup>2</sup> Ramón Xirau, *José Ortega y Gasset: razón histórica, razón vital. Velázquez, Goya y otros temas*, México, El Colegio Nacional, 1983, p. 63.

<sup>3</sup> Ramón Xirau, *Entre ídolos y dioses. Tres ensayos sobre Hegel*, México, El Colegio Nacional, 1980, p. 32.

<sup>4</sup> *José Ortega...*, *op. cit.*, p. 62; *Entre ídolos...*, *op. cit.*, p. 46.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 49; *Poesía y conocimiento...*, *op. cit.*, pp. 14 y 153.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 55.

<sup>7</sup> *Poesía y conocimiento...*, *op. cit.*, p. 194.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 139.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 141.

<sup>10</sup> Ramón Xirau, *El tiempo vivido. Acerca de “estar”*, México, Siglo XXI, 1993, p. 87.

<sup>11</sup> *Poesía y conocimiento...*, *op. cit.*, p. 141.

#### Bibliografía

- Xirau, Ramón, *Entre ídolos y dioses. Tres ensayos sobre Hegel*, México, El Colegio Nacional, 1980.
- , *José Ortega y Gasset: razón histórica, razón vital. Velázquez, Goya y otros temas*, México, El Colegio Nacional, 1983.
- , *¿Más allá del nihilismo?*, México, El Colegio Nacional, 1991.
- , *Poesía y conocimiento. Dos poetas y lo sagrado*, México, El Colegio Nacional, 1993.
- , *El tiempo vivido. Acerca de “estar”*, México, Siglo XXI, 1993.
- , *Naturaleza vivas*, México, El Tucán de Virginia, 1997 (edición bilingüe).
- , *Lugares del tiempo*, México, Ediciones sin Nombre / UNAM, México, 2002 (edición bilingüe).

ENRIQUE G. GALLEGOS estudió filosofía y derecho. Cursó el doctorado en estudios sociales en la UAM Iztapalapa. Ha publicado *Canadán* (Tierra Adentro, 1998) y *Malestar* (Arlequín, 2004).